

Antología de textos periodísticos extraídos de exámenes de Selectividad de los años 2000-2011

Textos de los exámenes de 2010 y 2011:

SÁTIRAS

Como se sabe, Martín Amis ha aconsejado a la administración laborista instalar en las calles del Reino Unido cabinas donde los ancianos podrían poner fin a su penosa e inútil existencia, si así lo desearan, ingiriendo dosis gratuitas de martini envenenado, con o sin guinda. ABC recogía la noticia esta misma semana, a la vez que se hacía eco de la indignación que ha levantado tanto la propuesta del escritor británico como su advertencia de que, en caso de no llevarse aquélla a la práctica, las ciudades se verán anegadas en breve por muchedumbres de horribles vejstorios enloquecidos. A mí, escandalizarse por esto me parece sencillamente de hipócritas.

Porque lo que Amis ha perpetrado no es un crimen, sino una soberbia sátira en la tradición de Jonathan Swift, que recomendaba, como solución para terminar con el hambre en Irlanda, comerse a los niños de los prolíficos labradores católicos de la isla, preparados al chilindrón y con guarnición de patata autóctona. Aunque anglicano, el dublinés Swift no pretendía exterminar niños papistas, sino llamar la atención de sus lectores británicos hacia la miserable situación de la población rural irlandesa mediante una parábola salvaje y tremebunda. El hecho de que, un siglo después, Irlanda se despoblase a consecuencia de la peor hambruna registrada en la Europa moderna demuestra que pinchó en hueso.

Martín Amis no es sólo uno de los mejores escritores vivos de lengua inglesa, sino un moralista de antología y un luchador insobornable contra todo atisbo de tiranía o totalitarismo, en la estela del mejor Orwell. (...)

Detrás de la provocación de Amis se adivina al autor de la saga viajera de Gulliver, pero también el Borges de “Utopía de un hombre que está cansado”, relato sobre un mundo próspero, igualitario y nihilista donde sus habitantes, al llegar a la vejez, se encaminan voluntariamente hacia la cámara letal inventada por “un filántropo cuyo nombre, creo, era Adolfo Hitler”.

Ahora que los demógrafos nos predicen una Europa achacosa para dentro de treinta años (...), la parábola gamberra del escritor inglés saca la discusión del terreno de la planificación burocrática y la lleva a donde le corresponde, a un presente (...) que pone a los viejos ante la alternativa de convertirse en objeto de beneficencia o en objeto de resentimiento por parte de frondas juveniles, ávidas y sindicalizadas, como se está comprobando ya en España ante las tentativas políticas de prolongar la edad laboral. La insolencia de Amis resulta tan feroz como valiente y oportuna, aunque, como siempre, cuando un dedo señala la catástrofe, los imbéciles se apresuran a amputarle la yema.

J. Juaristi, *ABC*, enero de 2010

JUGUEMOS

Jugar en la calle. Jugar en grupo. Esa es la actividad extraescolar que un grupo de educadores y psicólogos americanos han señalado como la asignatura pendiente en la educación actual de un niño. Parecería simple remediarlo. No lo es. La calle ya no es un sitio seguro en casi ninguna gran ciudad. La media que un niño americano pasa ante las numerosas pantallas que la vida le ofrece es hoy de siete horas y media. La de los niños españoles estaba en tres. Cualquiera de las dos cifras es una barbaridad. Cuando los expertos hablan de juego no se refieren a un juego de ordenador o una *playstation* ni tampoco al juego organizado por los padres, que en ocasiones se ven forzados a remediar la ausencia de otros niños. El juego más educativo sigue siendo aquel en que los niños han de luchar por el liderazgo o la colaboración, rivalizar o apoyarse, pelearse y hacer las paces para sobrevivir. Esto no significa que el ordenador sea una presencia nociva en sus vidas. Al contrario, es una insustituible herramienta de trabajo, pero en cuanto a ocio se refiere, el juego a la antigua sigue siendo el gran educador social.

Leía ayer a Rodríguez Ibarra hablar de esa gente que teme a los ordenadores y relacionaba ese miedo con los derechos de propiedad intelectual. No comprendí muy bien la relación, porque es precisamente entre los trabajadores de la cultura (el técnico de sonido, el músico, el montador, el diseñador o el escritor) donde el ordenador se ha convertido en un instrumento fundamental. Pero conviene no convertir a las máquinas en objetos sagrados y, de momento, no hay nada comparable en la vida de un niño a un partidillo de fútbol en la calle, a las casitas o al churro-media-manga. Y esto nada tiene que ver con un terror a las pantallas sino con la defensa de un tipo de juego necesario para hacer de los niños seres sociales.

Elvira Lindo, *El País*, marzo de 2011

Textos de exámenes 2000-2008:

Texto 1

Se admite como un hecho probado el que la gente, no sólo en España sino en el mundo entero, lee menos cada día que pasa y, cuando lo hace, lo hace mal y sin demasiado deleite ni aprovechamiento. Es probable que sean varias y muy complejas las causas de esta situación no buena para nadie y se me antoja demasiado elemental e ingenuo el echarle la culpa, toda la culpa, a la televisión. Yo creo que esto no es así porque los aficionados a la televisión, antes, cuando aún no estaba inventada, tampoco leían sino que mataban el tiempo que les quedaba libre, que era mucho, jugando a las cartas o al dominó o discutiendo en la tertulia del café de todo lo humano y gran parte de lo divino. La televisión incluso puede animar al espectador a que pruebe a leer; bastaría con que se ofreciese algún programa capaz de interesar a la gente por alguna de las muchas cuestiones que tiene planteado el pensamiento, en lugar de probar a anestesiarse o a entontecerla. Los gobiernos, con manifiesta abdicación de sus funciones, agradecen y aplauden y premian el que la masa se entontezca aplicadamente para así poder manejarla con mayor facilidad: por eso le merman y desvirtúan el lenguaje con el mal ejemplo de los discursos políticos; le fomentan el gusto por las inútiles y engañadoras manifestaciones y los riosos de los eslóganes; le aficionan a la música estridente, a los concursos millonarios y a las loterías; le animan a gastar el dinero y a no ahorrar; le cantan las excelencias del Estado benéfico y providencial; le consienten el uso de la droga asegurándole el amparo en la caída, y le sirven una televisión que le borra cualquier capacidad de discernimiento. El hábito de la lectura entre los ciudadanos no es cómodo para el gobernante porque, en cuanto razonan, se resisten a dejarse manejar.

A mí me reconfortaría poder pregonar a los cuatro vientos la idea de Descartes de que la lectura de

los grandes libros nos lleva a conversar con los mejores hombres de los siglos pasados, y la otra idea, esta de Montesquieu y más doméstica, pero no menos cierta, de que el amor por la lectura lleva al cambio de las horas aburridas por las deleitosas. La afición a la lectura no es difícil de sembrar entre el paisanaje; bastaría con servirle, a precios asequibles, buenas ediciones de buena literatura, que en España la hubo en abundancia. Este menester incumbiría al Estado, claro es, pero no necesariamente a través de cualquier angosto y poco flexible organismo oficial, sino pactando las campañas con las editoriales privadas. La culpa de que se haya perdido en proporciones ya preocupantes el hábito de la lectura y no sólo en España, repito, es culpa de los gobernantes del mundo entero, con frecuencia y salvo excepciones reclutados entre advenedizos, picarillos y funcionarios. Echarle la culpa del desastre a la televisión es demasiado cómodo, sí, pero no es cierto.

Camilo José Cela, Diario *ABC*

Texto 2

El descubrimiento de 30 nuevas especies vivas —mamíferos, ranas, pájaros, mariposas y plantas— en la Papúa indonesia ha devuelto emocionalmente la confianza simbólica de que no todo está perdido. Más bien la paradoja de la esperanza consiste en que aún queda tierra por conocer, territorios "perdidos" donde precisamente puede hallarse una pequeña compensación a lo que diariamente se destruye medioambientalmente.

En este inédito paraje que han explorado algunos biólogos estadounidenses e indonesios se han registrado cinco especies más de mariposas, veinte más de ranas, dos raras aves que se tenían por extinguidas y algunos pequeños mamíferos que han sorprendido por su exotismo. Vienen a ser una insignificancia, si se tiene en cuenta que asistimos a la exterminación de 6.000 especies animales cada año, entre ellas, 780 clases de pájaros.

Pero esa sensación de recuperación de lo "natural" o el tierno gesto de los nuevos mamíferos que, según sus descubridores, se acercaban mansamente a los humanos desconocidos, son puertas abiertas a la esperanza en un mundo cruel con su patrimonio natural y faunístico. La reunión de especies en el tiempo idílico de un paraíso perdido se conecta también, trágicamente, con el arca de Noé en un intervalo histórico donde se preparaba una catástrofe bíblica. Estos seres vivos, recién nacidos para el conocimiento científico, vienen a ser un aporte neto de vida inaugural. Aunque vieja y desconocida, esta nueva vida se traduce en una corazonada de esperanza tan ingenua como sentimental, tan anecdótica como significativamente oportuna. O de radical desesperanza si se observa que los pocos paraísos que puedan quedar lo son porque no hay seres humanos en ellos.

El País

Texto 3

Antiguamente teníamos más metros cuadrados que cosas. Ahora, en cambio, tenemos más cosas que metros cuadrados. Hace años, podías recorrer un pasillo de 15 metros sin tropezar con un solo mueble. Ahora no puedes dar dos pasos sin estrellarte contra una bicicleta estática, una vajilla de Chillida o la armadura de una tienda de campaña. Mucha gente cambiaría los objetos por metros cuadrados; el problema es que la mayoría de esos trastos sólo tienen un valor romántico, sentimental, que no cotiza ni en los mercadillos de pueblo. Ya me dirán para qué sirve la maleta de madera con la que papá se fue a Alemania, el televisor en blanco y negro que conservamos absurdamente debajo de una cama o la impresora portátil que compramos hace 15 años por si acaso (¿por si acaso qué?).

Lo bueno, ahora lo comprendemos, eran los metros cuadrados. No hay cosa mejor que cien o doscientos metros cuadrados, todos juntos, sin más objetos que la foto del abuelo en la pared del pasillo y una alacena en el comedor. Construir viviendas pequeñas por sistema es como escribir frases cortas por obligación. La frase corta funciona bien como desván, como cuarto trastero, como altillo en el que

introducir una o dos ideas pequeñas (las que caben en una columna como esta, por ejemplo). Pero para vivir, para respirar, para estar a gusto, nada como un piso de seis o siete habitaciones, cuatro exteriores y tres interiores, además de la cocina, el baño y los aseos. Hemos vendido el alma (o los metros cuadrados) a cambio de cosas que brillaban, de espejuelos con los que no sabemos qué hacer. Deberíamos regresar a la frase larga, a la oración compuesta, al pasillo de 15 metros de largo. A la conciencia.

ABC

Texto 4

¿En qué consiste el "Proceso de Bolonia", esto es, el Espacio Europeo de Educación Superior? No es un simple cambio en el plan de estudios, ya lo verán. Lo más complicado a la hora de explicarlo es separar los principios teóricos de las ejecuciones prácticas y, dentro de aquellos, los que se declaran patentes y viajan en cubierta de los que, dicen los críticos, no están confesados y pueden ir en un submarino. Hoy toca cubierta. Veremos lo más significativo y, por ello, más conflictivo. Empecemos por la enseñanza propiamente dicha. Bolonia intenta crear un sistema educativo común para Europa, extensible a otros países. Pero lo que va a ser común son los nombres de las titulaciones y los créditos (o sea, el número de horas) para el estudiante, pero no los contenidos, que se dejan a disposición de las universidades: como ahora, pues, si no se remedia.

Dichos créditos se otorgarán por el trabajo realizado dentro y fuera del aula, y esto último es muy importante por dos razones: una, por la dificultad que siempre ha habido en el control de tales trabajos y más aún con la facilidad que hoy se tiene para "inspirarse" en Internet, y otra porque se va a reducir la clase tradicional, presencial, a favor de enseñanzas teóricas y prácticas dirigidas por tutores (es el sistema inglés y, sobre todo, americano, que han sido el imán de Bolonia).

No sé por qué la clase directa (la magistral) tiene tan mala prensa: es en ella donde se vierte la experiencia nunca escrita del profesor, sus vivencias, su entusiasmo por la materia. No pocos estudiantes cambiaron su rumbo motivados por las clases presenciales. Dudo que hubiera pasado lo mismo con esas clases virtuales y deseo vivamente que la antorcha de la experiencia sepa transmitirla al sistema tutorial que se nos viene encima, sistema que funciona en los países que siempre lo han tenido, los anglosajones, y que en nosotros será una dificultad añadida muy a tener en cuenta.

José Ignacio Cubero, *ABC*, 24 de marzo de 2009

Texto 5

A no pocos fumadores, ex fumadores y no fumadores les han podido parecer demasiado drásticas las recientes medidas contra el tabaquismo, pero hay que admitir que se atienen a una obviedad de la cultura actual: casi todo aquello que no es efectista carece de efecto social. Gracias a esta ecuación, la ley ha obtenido en estos días resultados espectaculares. El impacto mediático impulsa el cumplimiento de la inhibición personal. Así, los expertos opinan que la venta de cigarrillos disminuirá este año en torno al 10%, como ocurrió en Italia o Irlanda el año pasado.

Las 55.000 muertes atribuidas al tabaco anualmente en España legitiman la intervención del Gobierno sobre ese hábito privado. El Comité de Prevención del Tabaquismo espera que medio millón de españoles abandonen su consumo en este primer año de aplicación de la ley, y que el número de adolescentes que comienzan a fumar se reduzca en 70.000. Otro factor de legitimación de la norma es que el 70% de los 10 millones de fumadores dice en las encuestas que desearía dejarlo, aunque un porcentaje similar confiesa haberlo intentado sin éxito al menos en una ocasión. Pero la evidencia indica que es una adicción vencible, sin el dramatismo de otros abandonos.

El carácter súbito y radical de la prohibición ha suscitado una amplia controversia. No es difícil, por tanto, imaginar situaciones en las que sería razonable una cierta flexibilidad, pero si la norma entrase en su detalle, pronto la excepción se haría norma y la ley sería papel mojado. La tolerancia no debería esperarse, por ello, de la norma o de su aplicación por las autoridades, pero sí de los ciudadanos en sus

relaciones personales. Para que las discusiones familiares, vecinales o laborales a cuenta del tabaco no produzcan ansiedad adicional en los fumadores dispuestos a dejar de serlo, ni irritación que empuje a fumar a quienes nunca lo habían hecho o habían conseguido dejarlo.

Editorial de *El País*

Texto 6

No es casual que los temas de Haider y de El Ejido hayan coincidido últimamente en los periódicos, porque la marcha de la sociedad va por ahí: por la multiplicación de los movimientos migratorios y por el mestizaje. El mundo es hoy más heterogéneo y multicultural que nunca, y uno de los mayores retos de la modernidad consiste en digerir esa realidad sin degollarnos.

Los *progres* solemos decir alegremente que la mezcla de razas es estupenda. Y desde luego lo es, lo creo firmemente: nos hace más cultos y nos enriquece. Pero para eso hay que vencer un recelo ancestral, un miedo primitivo al otro, al diferente. Un prejuicio racista milenario que se cuele, insidioso, por todas partes: por ejemplo, el más reciente programa Word de Microsoft ofrece la palabra "degeneración" como sinónimo de "mestizaje". No sabemos qué hacer con esa bicha que nos habita; nos tenemos miedo a nosotros mismos y con razón, porque espeluzna ver esos reportajes de El Ejido en los que unos energúmenos que tal vez sean buenos padres de familia persiguen a un marroquí y berrean "¡Por ahí abajo va, por ahí abajo!", convertidos en perfectos linchadores. Llevamos a un asesino dentro, a una alimaña, y no nos atrevemos a enfrentarnos a ella, que es el único modo de derrotarla.

El espléndido reportaje de Joaquina Prades sobre El Ejido lo dejaba muy claro: los ejidenses son 50.000, los inmigrantes 15.000. Un porcentaje altísimo y de llegada muy reciente. Esos extranjeros han sido la clave de la prosperidad del pueblo. De la noche a la mañana, los ejidenses se han hecho ricos, pero no más cultos: según un informe oficial, hay un 54% de analfabetismo funcional. Y muchísimo miedo a esos seres distintos a los que mantienen marginados. Ha aumentado la delincuencia, desde luego (aunque, según la policía, mucho menos de lo que creen los vecinos): lo trae la riqueza, y el desarraigo y aislamiento de los inmigrantes, que, a su vez, también temen y desprecian lo distinto. Entiendo muy bien la inquietud de los ejidenses: les ha cambiado tanto la vida, y tan deprisa. La solución no es fácil: aumentar el nivel cultural, dar condiciones dignas a los inmigrantes... Y reconocer que llevamos una bicha en el corazón, y no sólo los ejidenses, sino todos.

Rosa Montero, *El País*, 15 de febrero de 2000

NOTA ACLARATORIA: este texto se hace eco de los disturbios racistas que se produjeron en la localidad almeriense de El Ejido en contra de la población marroquí que trabajaba en las explotaciones agrícolas de los invernaderos ejidenses.

TEXTO 7

La lectura de periódicos supone una novedad en el aprendizaje de niños y adolescentes. El Ministerio de Educación y Cultura y la Asociación de Diarios Españoles han debatido la posibilidad de incorporar el periódico del día a la escolaridad de una manera fácil y espontánea. A uno le parece un proyecto sugestivo, ya que nuestra enseñanza tiende a ser una enseñanza de lo antiguo, con lo que se consigue que el chico odie a los clásicos y ese lenguaje altoparlante que usaban. La enseñanza de la lectura debe llevarse de adelante a atrás.

Recuerda uno el tedio de las clases de infantiles y adolescentes donde nunca acabábamos de dialogar con los Reyes Godos, con los Reyes Católicos o con los otros reyes, que siempre había un rey a mano dispuesto a escolarizarnos con su lenguaje retórico. Por el contrario, el periódico del día supone una intromisión alegre y despejada en mil temas diversos, desde la rotura de una cañería en el barrio de al lado hasta la visita de un general extranjero. Y encima venía el fútbol, con fotos y apuntes del periódico local. El periódico del día suscita siempre mil noticias vivas que tienen todas un perfume de actualidad e interesan al joven estudiante. Para la imaginación impaciente del chico es más importante el periódico, con su información trepidante.

Quiere decirse que si la paloma de papel del periódico se hubiese posado más en nuestra aula nos habríamos bañado todas las mañanas en la actualidad de la calle, porque el periódico reciente huele a

Profª. Esther Puerto (LCL)

calle y a tinta fresca. La televisión y otros medios informativos sí se utilizan en muchos colegios para la enseñanza de distintas materias y para el conocimiento mismo de la técnica comunicacional. ¿Y por qué no se hace lo mismo con el periódico? Los escritores de periódicos son más amenos y callejeros que los clásicos de plazuelas y los técnicos de ordenador. La prueba es que el público lo sigue leyendo como lectura imprescindible al margen del electrodoméstico televisión. La lectura del periódico es la lectura de la actualidad pasando ante nuestros ojos con su glosa como banderola. Enhorabuena y que salga la cosa.

Francisco Umbral, *El Mundo*, noviembre de 2003.

TEXTO 8

Esta mañana han llegado a mi ordenador ocho mensajes electrónicos. Cuatro procedían de desconocidos, mensajes indeseados, y algunos indeseables, que he borrado sin leer. Los otros cuatro eran de amigos y conocidos que me ofrecían informaciones concretas, me planteaban demandas o respondían a solicitudes mías. Hoy también el cartero ha dejado en casa un fajo de correspondencia postal, una buena parte comercial y administrativa, y la mayoría pura propaganda. Pero ninguna carta personal. De hecho hace semanas y quizá meses que no he recibido una carta, quiero decir un papel escrito un poco extenso con una firma al final.

La conclusión parece fácil de extraer. El mensaje electrónico está sustituyendo a la carta. Y con notable ventaja además, porque llega mucho más rápido y porque la respuesta puede ser inmediata. Y la combinación del mensaje e internet abre posibilidades de comunicación inimaginables en otro tiempo. Entre los que he recibido hoy, uno procedía de la capital de la Manchuria, donde alguien había leído por internet un artículo mío publicado el día anterior en un diario barcelonés y me hacía un comentario al respecto. Una inmediatez comunicativa que sin duda enriquece.

La carta, en principio, tenía contenidos más amplios, informaba sobre la situación del escritor y de su entorno, exponía intenciones y sentimientos, era en definitiva más personal. De forma que a pesar de que era más lenta en llegar, una vez que llegaba, su presencia producía una mayor intimidad entre el escritor y el receptor, (...). Se podía leer, mejor devorar, de corrido y se podía esperar el momento más apropiado para leerla o para releerla, y se podía incluso guardarla como prenda que resistiría el paso del tiempo. En un rincón de algún cajón descansaban las cartas de los tiempos del noviazgo, las primeras cartas de los hijos, la correspondencia con un amigo que se fue al extranjero, las postales que mandaban amigos y conocidos cuando se iban de viaje...

Miquel Siguan, *El Periódico*

TEXTO 9

De nuevo malas noticias para nuestra educación en el tramo de la enseñanza secundaria. Los resultados del último Informe PISA, que analiza periódicamente el nivel de capacidades y conocimientos de los jóvenes que están en esta franja de edad en 57 países, incluidos todos los pertenecientes a la OCDE, muestran un estancamiento en las ya mediocres prestaciones en conocimiento científico básico o en comprensión y uso del lenguaje de los alumnos españoles. Nunca estará de más insistir en la importancia crucial de la educación para el futuro de nuestro país. En otros países, los malos resultados en alguno de los informes PISA u otros similares han desencadenado una reacción de búsqueda de soluciones en la que ha participado la sociedad en su conjunto. No parece que esté ocurriendo lo mismo en España, donde tantos problemas de menor enjundia agotan nuestra energía y nuestra imaginación.

El gasto dedicado a la educación, y más en concreto a la educación secundaria, es un factor que influye en los resultados obtenidos, pero no de forma mecánica. Es necesario partir de un volumen de recursos suficientes pero, a partir de ahí, países con niveles de gasto similares obtienen resultados diferentes. Hay otros factores que influyen, dentro de la escuela y fuera de ella. Los primeros se refieren a la organización de la enseñanza, los contenidos, el tamaño y la composición de los grupos o la atención que cada alumno recibe en función de sus necesidades educativas, así como el reconocimiento de la labor de los profesores por parte de las familias y las autoridades.

Los factores externos a la escuela son también esenciales en la mejora de nuestro nivel educativo. En los países que registran mejores resultados existe una clara percepción social de la importancia de la educación y se respeta el esfuerzo necesario para aprender y hacer aprender; muy lejos de la frivolidad o incluso el menosprecio

Profª. Esther Puerto (LCL)

con que se tratan estos temas aquí. Tenemos un problema que afecta a los políticos, pero no sólo a ellos, y a los profesionales de la enseñanza, pero no sólo a ellos. Es toda la sociedad la que debe participar en un debate sobre las medidas que deben tomarse, sabiendo que éstas, por eficaces que sean, tardarán tiempo en hacer su efecto. Razón de más para iniciarlo rápidamente.

El País, 3 de diciembre de 2007

TEXTO 10

La presentación de la *Gramática panhispánica*, aprobada por las 22 Academias del español, en un acto solemne, presidido por Sus Majestades los Reyes y —en calidad de anfitrión— por el presidente de Colombia, Álvaro Uribe, es un motivo de satisfacción para los millones de hablantes de nuestra lengua. El equipo de trabajo dirigido por el profesor Ignacio Bosque ha logrado presentar un mapa completo del español, que viene a configurar una visión nueva de un idioma pujante y en pleno desarrollo. Como afirmó Don Juan Carlos en Medellín, esta gran obra fortalece la vitalidad de nuestra lengua y recoge su uso «uno y vario». La riqueza creativa de las diversas variedades a uno y otro lado del Atlántico complementa esa unidad sustancial que tiene su expresión histórica y actual en una literatura que está a la altura —s no por encima— de las mejores. Todos los países que tienen al español como lengua propia aportan sus matices y dejan su huella en un tronco común formado a partir de muchos siglos de convivencia. La expansión en Estados Unidos, primera potencia universal, y la demanda creciente e imparable para su enseñanza como segunda lengua en muchos países son la mejor prueba de esta feliz realidad, ganada a pulso gracias al esfuerzo colectivo.

Sin embargo, nadie debe dormirse en los laureles. El reto de la sociedad de la información y del conocimiento exige desde ahora mismo un esfuerzo continuo. La presencia del español en los organismos internacionales debe adecuarse a su reconocida cualidad de segunda lengua en la comunicación universal. En nuestro país es imprescindible evitar que el reconocimiento de las lenguas cooficiales en determinadas comunidades autónomas suponga un rechazo para el idioma que constituye la principal riqueza cultural de España. Es necesario reforzar las instituciones y ampliar los presupuestos destinados a difundir el español en todo el mundo. Además, hay que exigir de forma razonable, pero con la máxima firmeza, que se utilice al máximo nivel en conferencias y reuniones internacionales.

Su proyección a través del Instituto Cervantes y de la acción exterior del Estado es una prioridad política que incumbe a los poderes públicos y también, por vía de patrocinio o mecenazgo, a las muchas empresas españolas que desempeñan un papel de primera fila en la economía internacional. El apoyo de la Corona está garantizado porque se trata de una política de Estado, más allá de las coyunturas concretas. A partir del alto patronazgo de las Reales Academias que corresponde al Rey de acuerdo con la Constitución, esta labor alcanza una imprescindible dimensión institucional, como se demuestra en el caso de esta *Gramática panhispánica*, una obra que es un espléndido fruto de la contribución de las academias al éxito de la lengua de todos.

ABC, marzo de 2007

TEXTO 11

Somos forasteros en nuestro propio cuerpo. Leo a Sydney Brenner, biólogo, premio Nobel de Medicina en el 2002, y me siento como el Gran Khan cuando Marco Polo le describía un fabuloso continente ignoto: el suyo. El pobre tipo no conocía las tierras sobre las que mandaba. Cada día se producen aquí, en este lugar llamado cuerpo, cien mil millones de defunciones de células. Y cada día nacen otras tantas. También se mueren al día tres mil neuronas, que son las células que van en caravana con los recuerdos, y cosas así. Pero no sabemos ni despedirnos de nuestras neuronas. Trabajamos con nuestro cuerpo. Lo abandonamos en un sofá, pasamos a recogerlo, corremos para ponerlo a punto, pero en realidad lo acompañamos, procurando no perder el paso. Hay gente a la que ves haciendo footing por el paseo marítimo y que lleva el aire desenchajado de un cuerpo que se ha perdido.

Es increíble lo que sucede en 24 horas en nuestro territorio. Somos cien billones de células. Yo no sabía que llevaba tanta gente dentro. Nunca he hecho un reportaje por esa zona oculta. (...) Ahora sí que comprendo al Narciso clásico, su obsesión con la imagen en la fuente secreta. Quería conocer a sus

Prof.^a Esther Puerto (LCL)

neuronas, el paisaje interior, toda esa misteriosa población que nos habita. Hay en el cuerpo junglas, zonas de montaña, extrarradios, callejones sin salida, ruinas, chabolas con goteras, ciudades populosas, tal vez adosados, desde luego, alguna cárcel. ¿Cómo se mueren y nacen cien mil millones de células al día? Aun siendo multitud, supongo que cada una se extingue y brota a su manera. Me gustaría imaginar que se ponen de acuerdo para nacer y morir como silenciosos copos de nieve en una redoma de cristal.

Manuel Rivas: “El cuerpo”, *El País*, febrero de 2005

TEXTO 12

Hace unas semanas, en la céntrica Plaza del Dos de Mayo de Madrid, una veintena de jóvenes propinó una paliza brutal a tres policías municipales, uno de los cuales quedó tan malherido que tardará meses en reincorporarse al servicio. Los otros dos salieron mejor parados porque una docena de compañeros, avisados *in extremis* por radio, se dieron prisa en llegar al lugar para salvarlos. Después lograron detener a cinco de los agresores, entre ellos dos chicas aún menores de edad. Tan mal se les puso la cosa a los guardias que, tras primero frenarse en su intervención por ser tan jóvenes los que les pegaban, uno de ellos se vio tan apurado que acabó por sacar su arma y disparar dos veces al aire, sin que por otra parte le sirviera de nada. Los municipales habían acudido, simplemente, a ver qué ocurría con un local de la zona que, casi a las cinco de la madrugada, se mantenía abierto sin el correspondiente permiso horario y con el consiguiente follón de música y griterío. Para explicarse semejante reacción de los jóvenes “damnificados”, sólo cabe concluir que se trataba de fascistas de espíritu, porque un fascista –añadamos una definición más a ese término a menudo ya vagaroso– es quien no tolera no ya que se le contrarie, sino que se le lleve la contraria, que son cosas distintas. (La excusa de alcohol o pastillas no me sirve: sólo acentúan lo que ya existe previamente).

Este episodio tenía lugar poco después de que la prensa española haya aireado que cada vez son más frecuentes los casos de hijos que zumban a sus padres, o de alumnos que golpean a sus profesores. Como padres y profesores son personas que suelen estar a favor de sus vástagos y pupilos, que los cuidan y protegen y mantienen y ayudan, muchas veces hasta lo increíble, sólo cabe concluir, de nuevo, que el exceso de mimos, miramientos y consentimientos hacia los niños, adolescentes y jóvenes está creando no pocos fascistas de espíritu, es decir, gente que no soporta ni acepta la menor frustración o contrariedad.

Javier Marías: “La creación de fascistas”, *El País*, diciembre de 2004

TEXTO 13

En apenas dos años, dos gobiernos distintos han iniciado reformas de la legislación sobre reproducción asistida. El Ejecutivo del PSOE, como ocurrió con el del PP, ha entendido que es necesario acomodar las leyes a la evolución experimentada por los conocimientos científicos y por la posición social sobre la cuestión. La ministra de Sanidad, Elena Salgado, presentó ayer el borrador de la nueva Ley, que sigue a la iniciada por los *populares* en 2003 y va mucho más allá en sus propuestas.

Entre otras aportaciones, el proyecto pretende generalizar la posibilidad de investigar con los preembriones sobrantes de las técnicas de fecundación asistida. Hasta 2003 no se permitía hacerlo en ningún caso. La reforma del PP consintió investigar con ciertos embriones: sólo los que estaban ya congelados tras haber sido descartados. Si aquella decisión fue muy criticada por sectores conservadores que se oponen a cualquier manipulación embrionaria, es de esperar que la actual propuesta, mucho más atrevida, levante más airadas protestas entre quienes apelan a cuestiones éticas y morales para repudiar toda intervención en la frontera de la vida.

No compartimos esa oposición. Existe un sobrado consenso sobre las enormes posibilidades médicas que ofrece la investigación con células madre, extraíbles de los embriones. Negarse a avanzar sería renunciar al espíritu de innovación que ha guiado el progreso humano desde hace siglos y condenaría a muchos individuos a seguir padeciendo terribles enfermedades y a aceptar que el Estado les dijera que renuncia a encontrar un remedio para ellos. [...]

Otros aspectos del borrador acompañan el ordenamiento a circunstancias que el legislador no podía prever hace años. Así, en ciertos casos, y con autorización, los padres podrán elegir un embrión para tener un hijo capaz de suministrar un trasplante compatible a un hermano enfermo. En esto, como en la decisión de que sean los médicos, caso por caso, quienes dictaminen si una mujer madura tiene edad todavía para concebir, el Estado no hace otra cosa que adaptar la ley a las nuevas técnicas, a la vez que da seguridad jurídica a prácticas normales en otros países y deja claro que actividades repudiables como la clonación reproductiva o la selección genética y caprichosa de hijos queda fuera de lo legal.

Editorial de *El Mundo*, febrero de 2005.

TEXTO 14

“El humorista soy yo. Los de la televisión son caricatos, y esto lo voy a decir muy alto en la Academia.” Así me hablaba Miguel Mihura. Pero luego se murió y, efectivamente, los de la televisión o telecosa siguen siendo caricatos. (...) El gran recurso de estos humoristas denunciados por el maestro Mihura, es ponerse un batín de guata y unos rulos para hacer de maruja.

Algunas presentadoras son también un poco marujas, pero hay otras muy monas que resultan total. Son las guapas que presentan a otras guapas en los programas de sociedad, donde se anuncian vestidos y luego salen desnudos. Nuestra telecosa nacional hace mucha vida de sociedad y si no abortas o te separas por la tele no eres nadie. (...)

¿Por qué sostienen incluso en las televisiones públicas esos caricatos, esa información sobre los grandes horteras digitales de Madrid y Marbella? Sin duda, porque el medio es utilizado luego con fines políticos. El presidente del Gobierno luce su sonrisa en cada cambio de cadena y la vicepresidenta luce sus modelos en cada cambio o rectificación de lo informado, porque aquí se informa mucho, pero se rectifica mucho más. (...)

Televisión hay que ver poca porque trastorna el sistema social. Me decía también un genio como Mihura que él veía los seriales con la criada, que le iba explicando “porque yo a veces no cojo bien el fondo”. La televisión nos lleva a la convivencia con lo peor de cada casa, porque es demagógica, facilona y acusica. A los famosos no les dejan parar, especialmente a Jaime Ostos, que es un gran torero y buen amigo mío, aunque él ha hecho mejor carrera con el traje de luces. Lo digo porque a mí no me llaman para contar mis trapicheos sentimentales. Ya se ve que esta columna está llena de resentimiento, o sea, pero a alguien tenía que decírselo. Me gustan las presentadoras, que son chicas de su casa, y me aburren los políticos, que siempre se repiten o quieren que les repitan. La televisión es colorín y detergente, regida por la madre de todas las marujas, o sea, Carmen Sevilla.

Francisco Umbral: “La telecosa”, *El Mundo*, marzo de 2005

TEXTO 15

El ruido hace mal: provoca tensión arterial, sordera, cefaleas; impide dormir, lo que aumenta la irritabilidad y, por tanto, las úlceras de duodeno y los riesgos de accidente, entre otros. España es, tras Japón, el segundo país con mayores índices de contaminación acústica. Según los cálculos de la OCDE, nueve millones de españoles están sometidos al suplicio. Se comprende, por todo ello, la atención que ha suscitado una sentencia del Tribunal Constitucional desestimando el amparo solicitado por el propietario de un *pub* de Gijón condenado en 1998 por las molestias causadas por su música a altas horas de la madrugada. El fallo sostiene que esa forma de contaminación puede atentar contra derechos como el de la salud o la inviolabilidad del domicilio.

La división producida en el Tribunal —hubo tres votos discrepantes— pone de manifiesto el retraso legislativo sobre la materia. La Ley de Ruido, aprobada hace un año en aplicación de una directiva de la UE de 2002, y pendiente de desarrollo reglamentario, debería colmar ese vacío. La normativa anterior estaba diseminada en multitud de normas, casi siempre de rango municipal, que se aplicaban con indolencia y supuesto respeto a la tradición, aunque ésta tuviera una antigüedad no mayor de 15 años. La nueva ley establece la obligación de elaborar antes de 2007 mapas acústicos de las ciudades, con niveles

de exigencia de silencio en función del uso predominante del suelo: industrial, residencial, de ocio, etc. De la combinación entre ese mapa y el de horarios para actividades potencialmente ruidosas debería salir la reducción del ruido y la posibilidad de aplicar medidas correctoras adaptadas a cada situación.

Ya hay ley, sólo hace falta aplicarla; es decir, lo más importante. Se ignora si los mapas acústicos ya están en marcha, pero consta que las obras, públicas o de particulares, siguen amargando la vida de los vecinos sin aparente control, las motos sin silenciador atronando las noches especialmente en verano, los camiones de la basura sobresaltando a los que quisieran dormir, las vías de comunicación contaminando su entorno urbano, y celebrándose festejos, municipales o privados, al son de una pirotecnia que identifica lo alegre con lo estruendoso. "La inteligencia", escribió Schopenhauer, "es una facultad humana inversamente proporcional a la capacidad para soportar el ruido".

"El ruido mata", Editorial de *El País*, marzo de 2004.

TEXTO 16

Esta tarde de lluvias antiguas, tarde en la que el viento suelta el chaparrón como si restallara un látigo; esta tarde que en el reloj cierra los ojos una hora antes, recuerdo una vieja letra de sevillana: «Mazagón es el vigía / de la entrada de la barra». Más vigías hacen falta, por lo que nos dice la noticia. El mar nos duele todos los días, porque todos los días nos deja una patera cargada de miseria, o los restos de un naufragio.

Todos los días nos escribe el mar. El mar es una rotativa, una editorial que lanza su diario periódico, su crónica diaria; una editorial que publica las efímeras memorias de la aventura con más desventaja: la de los negros que quieren cruzar el Estrecho, o la de los pescadores andaluces que ya no saben hacia dónde remar.

Todos los días, todos, el mar nos deja en el zaguán de la arena la realidad del hambre. Edición de mañana y edición de tarde, y, muchas veces, edición de noche. Ya no hay manos para sujetar tanta desesperación. Y los vigilantes de la costa, de todas las costas, sobre todo, de las costas andaluzas, ya no saben qué hacer, porque si sólo miran con el ojo que divisa pateras, en un descuido se les cuele un barco, una lancha, una embarcación peligrosa, sospechosa, un «crucero del delito». Por esto, esta tarde de lluvias me acordé de la copla: «Mazagón es el vigía / de la entrada de la barra...».

Mil ojos necesita esa costa huelvana, porque, ya ven, se nos cuelan sin chistar. Más de mil kilos de cocaína traía el catamarán de bandera gibraltareña y tripulación francesa. ¿Qué vigías no hacen falta en nuestras orillas, y no tanto para sujetar la marea del hambre de los desesperados, como para sujetar, detener, encarcelar a los canallas que vienen a matar criaturas? ¿Cuántos jóvenes muertos, enloquecidos, al menos, caben en mil cien kilos de cocaína? O sea, también ese catamarán traía muerte, aunque ajena. Mercancía para matar, muerte blanca, muerte en polvo, muerte cara.

Todos los días nos golpea el mar. Abramos los brazos para acoger a quienes, desesperados, nos buscan como salvación. Y cerremos el mar, como lo cerró Moisés, a quienes vienen a matar con mil kilos de cocaína.

Antonio García Barbeito: "El mar", en *El Mundo*, octubre, 2003

TEXTO 17

De niños, buscábamos en la playa una botella con un mensaje dentro porque se nos había metido en la cabeza que uno venía al mundo para salvar a un naufrago. No imaginábamos que de mayores, en lugar de encontrar la botella, encontraríamos al mismísimo naufrago. Y no sería uno, sino miles. Ahí están, llegan todos los días a nuestras costas, procedentes de países que se han ido a pique y por cuya borda han logrado saltar en el último instante. Algunos llegan muertos y no nos dejan otra oportunidad que la de enterrarlos, pero los vivos tienen todo lo que se espera de un verdadero naufrago: hambre, sed, pánico, fiebre, frío. Llevamos toda la vida esperándolos y ahora no somos capaces de reconocerlos. A lo mejor resulta que nos conmueve más un grito de socorro escrito en un papel que salido de la propia garganta del desventurado.

De hecho, si encontráramos el mensaje de un naufrago dentro de una botella, nos pelearíamos por dar con él para contar su historia en exclusiva. Las empresas de alimentación, de ropa, de ocio y de informática pagarían enormes sumas de dinero para apropiarse del cuerpo del infeliz, de modo que la noticia de su salvamento quedara unida para siempre al logotipo de su marca. Los políticos desbaratarían sus agendas para entregar al desdichado las llaves de la ciudad y proveerle de la documentación precisa para que circulara sin problemas. Por fin, dirían algunos, hemos hallado al naufrago cuya salvación justificaba nuestra vida.

En lugar de eso, los burocratizamos con una eficacia tal que cuando la marea abandona sus cuerpos en la playa han dejado de ser personas con una biografía dentro (con dos, en el caso de las mujeres embarazadas) para convertirse en un objeto de consumo de las leyes. ¿Qué diríamos de alguien que frente a una catástrofe natural se pusiera a legislar la catástrofe en vez de acudir en ayuda de los damnificados? Pues eso es lo que están haciendo los políticos: negociar el modo de regular los naufragios, lo que, además de ser una locura, no soluciona el problema, ni siquiera lo alivia. Mientras los cuerpos de los naufragos que han venido a salvarnos se amontonan en el depósito, aún seguimos buscando la botella.

Juan José Millás: "El mensaje" en *El País*, 12-09-2003

TEXTO 18

Por raro y anacrónico que parezca, hay desgracias a las que, por alguna postura, se les escapa un halo positivo. Y está llegando el momento en que todos tengamos que bendecir aquel aciago momento de triste recuerdo en que las primeras manchas de malhadado fuel empezaron a mancillar las playas gallegas. Gracias a las desgracias de mariscadores, marineros y percebeiros, el hundimiento de una gabarra en la Bahía de Algeciras se ha convertido en noticia de primera magnitud, ha concentrado a políticos de todas las administraciones, alertado a los técnicos y puesto a prueba todas las medidas de seguridad habidas y por haber. Gracias a las desgracias del pueblo gallego, los gobiernos central y andaluz han empezado a ver la realidad que se oculta tras los vaticinios de ecologistas y ayuntamientos campogibaltareños sobre la peligrosa sombra que se cierne sobre las aguas del Estrecho.

Gracias a las desgracias que padecen la flora y la fauna de la Costa de la Muerte, se está atendiendo con preocupación a las decenas de aves que cada año aparecen muertas en las costas andaluzas, se empieza a observar la degradación medioambiental que sufren nuestros fondos marinos y se otea con desvelo el horizonte para certificar que el alquitrán también mancha nuestras orillas hace décadas. Y mire usted por dónde que hasta para emular desgracias hemos tenido suerte: porque no se ha escapado el fuel de los tanques de la embarcación, porque sólo está a medio centenar de metros de profundidad, porque el lugar donde se hundió la gabarra es el mejor de todo el Estrecho y, además, llueve sobre mojado...

Pero qué pena más grande que la atención a la degradación medioambiental, la prevención ante acontecimientos contaminantes, las sanciones a los desalmados armadores, y las ayudas a esas zonas dejadas de la mano de Dios, sólo lleguen después de una desgracia de las proporciones del «Prestige», el «Venamagna» o el «Spabunker IV». Qué pena haber tenido que sufrir...

Mar Correa, *ABC*

TEXTO 19

«Los tiempos cambiarán de forma y de color», según la canción de Casablanca. El heredero de la corona de Holanda se ha casado en Ámsterdam con una plebeya. A los príncipes les tiran las plebeyas. (...) A los hijos de familia no les gusta la familia y la contrarrestan con el botellón. ¿Quiere esto decir que los tiempos cambian? Más que cambiar, giran, dan vueltas para que estemos más distraídos. Los reyes y príncipes fueron alguna vez plebeyos, porque la nobleza nace de una batalla ganada o perdida y no de ningún derecho divino. Lo que pasa es que nos gusta sentirnos protagonistas de los grandes azares de la Historia, pero la Historia varía poco.(...)

A los hijos de familia, que no tienen otro título, les cae muy mal eso de tener una familia y se toman la revancha mediante el botellón, que no es un vicio colectivo y generalizado sino una manera económica de beber más y más barato. Pero, con todos estos cambios y trueques ¿qué es lo que está pasando en España? Distinguía Ortega entre ideas y creencias. Las ideas sirven para hacer política, para hacer inventos, para hacer niños, pero un pueblo camastrón, como el nuestro, prefiere quedarse arregostado en las creencias, que son los saberes remanentes del gentío. Creencia y no idea es la patria, sobre todo la vasca; creencia es la Virgen del Rocío, amenazada la pobre con próxima visita de Carmina Ordóñez; creencia es la parroquia, románico puro que está ahí desde los románicos. Con todas estas creencias y otras, (...) se vive tan ricamente en la España profunda, de modo que nuestra opinión, y creo que la de Ortega, consiste en aportar nuevas ideas y rechazar las viejas creencias. Este o aquel Príncipe, (...) la gente reciente del botellón, etc., traen la resolución orteguiana de las ideas por sobre la involución milenaria de las creencias. Los príncipes, las plebeyas, los prelados, las mocedades y el gentío están cambiando de forma y de color, y a esta renovación paulatina o precipitada de las cosas es a lo que temen los izquierdistas de derechas, los tradicionalistas ilustrados y los que no tienen otras letras que las Letras del Tesoro. Ni España ni el mundo se vienen abajo. Las viejas de sonotone dicen que ya no hay costumbres. Llamen costumbres a las antiguas creencias. Pero uno está con el negro Sam de la peli: «Los tiempos cambiarán...»

Francisco Umbral, *El Mundo*

TEXTO 20

En *Derecha e izquierda*, Bobbio pide que el hombre revise su relación con los demás animales, principio del fin de la hegemonía humana dentro de la gran chapuza de la creación en la que los seres vivos y móviles sobrevivimos por el procedimiento de comernos a otros seres vivos. Desde la melancolía de la senectud, el instinto de supervivencia se ejerce a partir de una radical tristeza ante tantas cosas que pudieron haber sido y no fueron, y pedir un mejor trato para los animales incluye, sin duda, un mejor trato para el ser humano. Pero dan que pensar las vacas locas como metáfora de la civilización del desprecio, en la que ni las coacciones telúricas religiosas, ni las legales, son suficientes para contrarrestar la pulsión del beneficio como dictado fundamental de la conducta, fundamental incluso para altísimas instancias del Estado, el depositario y garante de la ética colectiva, que han conspirado contra la salud pública para que no bajaran los precios de los filetes y las chuletas, así en el Reino Unido como en Europa y como en los cielos.

Las vacas locas han abierto además una ventana sobre la trastienda de la conducta carnívora del animal humano cuando se relaciona con otros animales a los que comerse. Entre la variedad de cementerios furtivos de vacas locas o sospechosas de serlo, aparece uno que no es clandestino, sino una fosa para vacas muertas independientemente de su estado mental; por ejemplo, cuenta quien puede contarlo: ahí están nueve terneras que murieron en el transcurso de su traslado de Galicia a Cataluña. Cada día se lanzan a las carreteras camiones cargados de ganado y cuando les vemos pasar deberíamos musitar un epitafio por los animales que llegarán muertos y serán salchichones o hamburguesas o simple carne de pudridero. Al parecer, no hay veterinarios ni Guardia Civil suficiente para impedir estas caravanas de la muerte acentuada por la crueldad del homínido traficante de esclavos, blancas vacas y cerdos. Llegará un día en el que los animales libres en la libre naturaleza nos alimentaremos con pastillas de bacalao al pil-pil o de heno fresco y dejaremos de comernos los unos a los otros. Aun así, ojo: el hombre omnívoro merecerá una vigilancia especial.

M. Vázquez Montalbán, *El País*

TEXTO 21

Teniendo un acierto tan feliz como la palabra para comunicarnos y ensanchar las fronteras del espíritu, incomprensiblemente nos empeñamos en descomunicarnos los unos de los otros nombrando a las cosas de distinta manera. La diversidad de idiomas tiene sus ventajas, pero al precio de bastantes perjuicios: une porque disgrega, incorpora porque margina, y enriquece a la totalidad empobreciendo a las

partes. A más idiomas, más rico el universo lingüístico y más pequeñas las comunidades. Como no queremos prescindir de nuestra lengua y tampoco podemos evitar el estar condenados a entendernos, lo solucionamos aprendiendo los idiomas de los países hegemónicos.

Nadie puede negar lo maravilloso que sería poder leer a los escritores favoritos sin traducir y sin necesidad de aprender otras lenguas. Pero ¡qué remedio!, las cosas son como son y estamos dispuestos a conformarnos con el valor histórico y cultural que encierra cualquier idioma, dialecto o incluso pronunciación o modo especial de hablar en cada lugar, por pequeño que sea. Un valor muy en boga y al que no tengo nada que alegar. Lo que no parece coherente es enaltecer esos valores idiomáticos y, al mismo tiempo, pretender unificar el idioma artificialmente en base a los límites geográficos del poder regional. Puestos a ser prácticos, lo más conveniente sería que todos habláramos y escribiéramos Esperanto. Si se trata de conservar historia y cultura, cada lugar debería conservar la suya por incómodo que sea; mientras más diversidad más riqueza cultural. A mi parecer, lo más sensato sería dejar que transcurra esa cultura con naturalidad, según las circunstancias, el deseo y la conveniencia de los interesados. No veo la razón por la que un gallego, por ejemplo, tenga ahora que aprender otro gallego distinto del que está acostumbrado a hablar. ¡Qué necesidad hay de dictar esas normas ni de forzar el curso de la historia!

Begoña Medina, *El País*

Texto 22

Ahora que al mundo del cine lo acusan de repetitivo, de insustancial, de vivir a costa de *remakes*, de comedias tontas y de explosiones, llamaradas y toda clase de efectos especiales, no dejo de pensar en lo que fue el mundo de las estrellas hasta hace apenas treinta años, quizá menos. Porque lo cierto es que las llamadas estrellas de la pantalla han desaparecido del firmamento del cine. ¿Qué estrellas? Bien, estoy pensando en actores como Cary Grant, James Stewart o John Wayne, o en estrellas como Ava Gardner, Audrey Hepburn o Lana Turner. La verdad es que nadie les exigió ser grandes actores o actrices, aunque unos lo fueran de verdad y otros se limitaran a repetir su personaje. De hecho ha habido grandes actores (Charles Laughton, por ejemplo) que no alcanzaron la popularidad o el gancho de las estrellas, pero eso era sencillamente porque las estrellas eran otra categoría y lucían como tales por encima de cualquier otra consideración.

La verdad es que aquél era un mundo de una falsedad total en el que nadie era lo que parecía, pero también es cierto que sólo unos cuantos seres de origen humano entre muchos miles alcanzaron la categoría de estrellas. Y si alguien me pregunta qué tenían esos elegidos que no tuvieran los demás, sólo les puedo responder con una palabra: *glamour*.

Por lo general, las estrellas de hoy se caracterizan por ser efímeras o por ser sustituibles. Un año resulta ser la reina de las pantallas Cameron Díaz y cuando ya la tienes localizada resulta que ahora la reina es Jennifer Anniston; y apenas unos meses más tarde la reina es una tal Angelina Jolie, pero luego abres el *Tentaciones* de la semana siguiente y resulta que la que manda es la hija de Goldie Hawn, que ya ni me ha dado tiempo a enterarme de cómo se llama.

Los tiempos cambian, qué duda cabe, y también cambia la velocidad de crucero de los acontecimientos. Los músicos o los actores responden a necesidades simples, a representaciones inmediatas. No hay dos Lou Reed, pero hay centenares de Britneys Spears, y por eso son tan fugaces; hoy todos los ombligos van al aire. ¿También cambian los sueños? Las estrellas, los mitos, responden a deseos y originan sueños. El culto actual a la velocidad, a la prisa, al logro urgente, favorece el intercambio urgente, pero no permite el tiempo de reposo que necesita un símbolo para conformarse; quizá tenga que ver con la diferencia que existe entre un modelo y un espejo: el primero es un resumen de ejemplaridad, del orden que sea; el segundo se limita a reproducir nuestra imagen.

No diré que confundo a Gwyneth Paltrow con Cameron Díaz, pero sí diré que, más o menos, me da lo mismo una que otra. La diferencia es escasa, el repertorio también y la imagen responde a un mismo estereotipo. También era un estereotipo la rubia, pero ¡vaya si se distinguía a Lana Turner de Marlene Dietrich! El problema está en que las estrellas eran símbolos y aun mitos, y las estrellitas actuales son chicas y chicos en todo semejantes a los espectadores que les contemplan. ¿Democracia? ¿Igualitarismo? Me temo que la razón es el puro ejercicio de la compraventa. 'Cómprate a sí mismo' vienen a decirte. ¿Y

las estrellas qué eran si no? Pues lo mismo, en efecto, pero tenían *glamour*, que es lo que no tenían los espectadores.

La masificación sólo quiere más de lo mismo, y especialmente el consumidor quiere verse reflejado en las pantallas. No quiere imaginarse, quiere verse; ésa es la diferencia. Las estrellas eran un producto, sin duda, pero entraban en una pantalla o en un salón y suspendían el aliento de los presentes. No juzgo; yo, como decía Guillermo Brown, sólo hago constar un hecho. ¿No hay mitos? Lo más parecido hoy quizá sea una Sigourney Weaver, el resto parece un interminable procesión de colegialas arregladas. Actores o actrices admirables sigue habiendo, es una línea que se mantiene constante, pensemos en Kevin Spacey o Julianne Moore; pero estrellas... El cielo se ha desplomado sobre nosotros. O no necesitamos mitos o, lo que sería más doloroso, ya no sabemos lo que es un mito.

El País, lunes, 7 de enero de 2002

Texto 23

Que me los presenten. Que me presenten a esos 7.000 madrileños que abandonaron a sus perros para irse con toda tranquilidad de vacaciones. Que me presenten a esos 7.000 energúmenos capaces de dejar atrás, con impavidez espeluznante y una pachorra inmensa, los hocicos temblorosos y las miradas dolientes de sus animales.

¿Cómo lo harán? ¿Apearán al perro en mitad de un campo solitario y huirán después a todo rugir de coche, con el pobre bicho galopando espantado detrás del guardabarros hasta que su aliento ya no dé para más? ¿O quizá lo llevarán a algún barrio lejano y escaparán aprovechando algún descuido, un amistoso encuentro con otros perros o un goloso olfatear de algún alcorque? No les importa que luego el animal, al descubrirse solo, repase una vez y otra, con zozobra creciente y morro en tierra, la borrosa huella de sus dueños, intentando encontrar inútilmente el rastro hacia el único mundo que conoce. Son 7.000 sólo en Madrid: el censo estatal de malas bestias puede aumentar bastante.

Que me presenten a esos tipos que tuvieron el cuajo de tumbarse con la barriga al sol en una playa, plácidos y satisfechos tras haber condenado a sus perros, en el mejor de los casos, al exterminio en la perrera, y, más probablemente, a una atroz y lenta agonía en cualquier cuneta, con el cuerpo roto tras un atropello. O a servir de cobaya en un laboratorio, o a morir en las peleas de perros, espeluznantes carnicerías que, aunque ilegales, parecen estar en pleno auge como juego de apuestas. Que me presenten a esos seres de conciencia de piedra. Quiero saber quiénes son, porque me asustan: si han cometido un acto tan miserable e inhumano, ¿cómo no esperar de ellos todo tipo de traiciones y barbaries? Probablemente pululan por la vida disfrazados de gente corriente; es una pena que las canalladas no dejen impresa una marca indeleble.

El País, 16 de junio de 1998

TEXTO 24

Viejo soldado de la vieja España, viejo de todas las guerras, sonriente perdedor de todas las batallas. ¿A qué viene esa gola o girasol? Un cincuentón vestido ya de hidalgo, pero por dentro va el soldado, todo un Tercio de Flandes es él solo.

La cultura española en el mundo se llama Cervantes. Y son los hispanos, el pueblo, los manitos, la gente que está acreciendo el castellano, llenando el paisaje del XXI de molinos que giran y muelen y exaltan la harina blanca de la página, y tanta es la demanda que los Institutos Cervantes se multiplican por el mundo y Fernando Rodríguez Lafuente(*), ese genio entre ramoniano y yuppy es quien abre de pronto un Instituto en Bucarest, en cualquier sitio, donde había un palacio vacío, una casa caída, un rastro milagroso y pedáneo de aquella España. Liceos franceses, italianos, norteamericanos, bibliotecas e institutos por Madrid. Pero ahora el castellano se desborda, hay que dar la respuesta cortés e intelectual a la cita de las lenguas, a ese Pentecostés de media tarde en que cambiamos vino por cultura, donde acuden poetas y marquesas, más algún hispanista que va a las conferencias, sin entender demasiado, a escuchar un concierto de español. (...)

Andariego de alma, don Miguel de Cervantes. Y andariego le ha salido el chico que abre cátedras de la adusta y clara asignatura de España cada día (...). La Europa que visita nuestro sol visita nuestra prosa algunas tardes, riqueza acumulada de una cultura que Fernando imparte con sentido ecuménico de dónde hay que poner un cuadro o un acento.

Español absoluto, don Miguel. Antología de españoles es su pecho. Ahora se ha muerto Lapesa, maestro del español, pero la misa sigue aunque el canónigo caiga. Es lo bueno de la literatura. Los molinos acuden, los yangüeses, los caminos manchegos, éstos que tanto amó. España torna con libros, no espingardas ni atroz ballestería, a rincones de Europa que Fernando se sabe. Parte la hogaza real del castellano y nos va dando a todos, con su vino, en Ámsterdam, un trago caminante, un sacramento. ¿Ancha es Castilla? Eso hay que verlo yéndose a Estambul.

Francisco Umbral, *El País*

Texto 25

Un médico llamado Starling paseaba una mañana de 1905 por el campo, cuando observó en lo alto de un árbol una luz a la que se acercó con cautela. “No temas”, dijo una voz procedente del resplandor. “¿Quién eres?”, preguntó Starling. “Soy una hormona”, respondió la voz. “¿Y qué es una hormona?”. “Una sustancia de naturaleza proteica o esteroide que determina la morfología y el metabolismo del cuerpo, los caracteres sexuales y todo cuanto seas capaz de imaginar”. Starling anunció la buena nueva a la comunidad científica y en poco tiempo florecieron los templos o laboratorios dedicados al culto, no ya de la hormona en general, sino de la testosterona, estrógeno y otros fluidos glandulares a quienes el fervor endocrino erigió altares por doquier.

Durante mucho tiempo se creyó que para combatir cualquier insuficiencia bastaba con hacer rogativas a la hormona correspondiente. Fueron días de exaltación linfática, de fe en la hipófisis y demás ganglios productores de sustancias proteicas.

Los médicos juraban que el hallazgo significaría el control de la vejez, del número de dedos, del color de la piel y del carácter. Entonces apareció el anticristo de la hormona que no es otro que el gen. Algunos profetas lo habían anunciado: “La genética os confundirá con sus milagros; tomará una oveja y la duplicará, y una gallina, y la desdoblará. Se descubrirá el gen de la tos y el de la tristeza y el del nacionalismo vasco.

A todos ellos se erigirán templos del tamaño de las antiguas catedrales, en los que los gobiernos invertirán miles de millones del presupuesto nacional”. Así fue. De hecho, las hormonas devinieron en piezas de bricolaje sexual para sectores marginales: el progreso va cambiando unos dioses por otros. Lo que hace falta es que sea para bien.

El País